EL CORNEJO,

Ó LA PARÓDIA

DEL PAOLI,

SAINETE TRÁGICO.



MADRID Y MARZO DE 1831.
Imprenta, calle del Amor de Dios, núm. 14.

PERSONAGES.

CORNEJO, comandante de los Churros.
ZARANDA, su hija.
ZUMAQUE, amigo de Cornejo.
PIRUETA, su muger.
BELLUNO, confidente de Zumaque.
TERNEJO, comandante de los Mauroneses.
QUICO, su híjo, amante de Zaranda.
FRANGOLLO, Mauronés.
GARDUÑO, Idem.
Comparsa de Churros y de Mauroneses.

CORNEJO.

La escena es en un barrio de Granada: á la izquierda la casa de Zumaque: al frente un Monte: el ropaje de todos los Churros será andrajoso: el de los Mauroneses mas decente.

Zumaque *y* Belluno *en la escena.*

ZUMAQUE.

Dempues de la noticia triste, infausta,
de que murió en Melilla el gran Cornejo,
hoy vuelve á sus hogares disfrazado
sin que nenguno sepa este secreto
mas que yo y tú, porque ahora te lo digo,
y te pido un solene juramento
de que no has de decirlo á alma viviente
hasta órden nueva.
Bell. Así te lo prometo,
aunque juzgo lo sabe todo el barrio;
mas cerraré mi pico como un muerto.
Zuma. ¡Oh feliz dia! ¡Oh dia el mas glorioso
que los Churros han visto! ya podremos
(teniendo á la cabeza un comendante
tan ágil, tan valiente y tan guerrero)
vencer los Mauroneses, á esos viles
que nos tienen el pie sobre el pescuezo.

Él cuando jué á presillo, bien lo sabes,
que era tan ágil en su menisterio
de quitar capas, de asaltar bolsillos,
de abrir puertas, ventanas y agujeros.
Él que por un cuartillo de lo puro,
que siendo aguado le causaba tédio,
á su padre le daba una mojada:
¿qué hará habiendo tenido compañeros
que lo habrán enseñado á que lo haga
con su muger é hijos aun por menos?
Él era el comendante de los Churros;
él era el que tenia tan sujetos
los Mauroneses, que pisar no osaban
ni aun de la noche en el mayor silencio
las calles de la Churra; pero, amigo,
todo faltó cuando faltó Cornejo.

Bell. ¡Oh dia aciago! bien lo hemos llorado.

Zumaque.

Pero ya él viene y se pondrá remedio.

(*Dentro Pirueta*). Zumaque.

Bell. Tu muger.

Zuma. No la respondas,
porque es el enemigo mas tremendo
que el hombre tiene, la muger que trata
de hablar lo suyo y de saber lo ageno.

Pirue. Zumaque, abre la puerta.

Bell. Ya es preciso
que la respondas, pues sino me temo
que á voces alborote todo el barrio,
y tambien puede ser que á todo el pueblo.

Zuma. Dices bien, pero antes es preciso que partas y le avises á los nuestros que vengan á este sitio, sin decirles para qué se les llama.

Bell. Ya lo entiendo.

Pirue. Abre, Zumaque.

Zuma. Dí, ¿qué te se ofrece?

Pirue. Salir y no estar mas en este encierro.

Zuma. ¿Es para que riñamos?

Pirue. No, hijo mio, saldré de paz.

Zuma. Bien, ahora lo veremos.

Le abre la puerta: sale Pirueta y embiste á Zumaque.

Pirue. Pícaro, bribonazo; ¡tú me encierras

Zuma. Que poco rato te duró lo bueno

Pirueta.

¿Con quién hablas? dí: ¿qué es lo que haces?

Zuma. Cosas que no te importan.

Pirue. He de saberlo.

Zuma. ¿Dónde está mi sobrina?

Pirue. Habla, taimado.

Zumaque.

Responde á mi pregunta que es primero.

Pirue. Ella te lo dirá, que aquí se acerca.

Sale Zaranda.

¿Por qué razon estais siempre riñendo?

Zuma. Porque esta es una infame.

Pirue. Este es un pillo.

Zaranda.

¡Qué esposos tan amables y modestos!

Pero los Mauroneses aquí vienen.

Pirue. ¿Cuál será su intento?

Zuma. Ya lo veremos.

Sale Frangollo y comparsa de Mauroneses.

Fran. Mauroneses invitos, vuestro gefe,
el invencible y sin igual Ternejo,
ha tenido noticia de que hoy llega,
despues de haber cumplido su destierro,
del Africa en las costas, el revoltoso,
el vil, el sanguinario, el mas perverso
de todos los mortales, el que tuvo
la osadía, el feroz atrevimiento
de impedir que los nobles Mauroneses
gozasen de los dulces embelesos
de visitar las damas de la Churra:
volvemos á perder nuestros derechos;
y nuestro general que lo ha previsto,
manda que cualsiquiera de los nuestros
que lo encontrase lo asesine al punto
sin detenerse á andar con cumplimientos,
por detrás, por delante ó por un lado,
como mas le convenga ó pueda hacerlo.
El bando publicad por todo el barrio,
entretanto que yo voy disponiendo
lo demas que ha mandado el comendante.

(Vánse los Mauroneses.)

Zumaque.

Muy poco me ha gustado este suceso: (*ap.*)
voy á buscar á todos mis amigos.

Pirue. ¿Así te vas? ¿No almuerzas?

Zuma. Aun no es tiempo:
ahora no tengo gana, cuando vuelva.
Pirue. Pero nosotras no te esperarémos:
vamos, Zaranda, porque la morcilla
esta ya frita.
(*Frangollo acechando hácia el foro.*)
Zaran. Voy á obedeceros:
hoy van á suceder muchas desgracias;
pero yo en este caso solo siento
que mi Quico ha faltado á nuestra cita
y en todo el dia ya no podré verlo.
¿Pero qué ruido es este? ¿Quién se acerca?

Frangollo.

No os asusteis, Señora, yo que vengo
á deciros que os amo, y vuestra mano
quiero que sea de mi amor el premio.

Zaranda.

Vuestro intento, Señor, es engañarme;
pero yo que á los hombres no los creo,
os haré ver que estais equivocado.
Quedad con Dios.
(*Hace que se vá y la detiene Frangollo.*)
Fran. ¿Así, dulce embeleso
de mi vida, te vas? Espera ingrata.
Zaran. No es posible.
Fran. ¿Por qué?
Zaran. Porque no quiero,
si mis tios me observan...
Fran. Nada importa,
los ojos cerrarán para no verlo;

y aunque los abran, ni ellos son tus tios,
ni te tocan ni tañen de muy lejos:
de alcurnia de mas nombre y cercunstancias
fueron tus padres.

Zaran. ¿Cómo?

Fran. Este secreto
no debo ahora del todo revelarlo,
porque así lo requiere el argumento.

Zaranda.

Seré tal vel princesa... ¿mas qué digo?
de seducirme tratas con misterios.
Yo sé quien soy, y no puedo ser otra
que la que siempre fuí.

Fran. ¡Qué entendimiento
tan agudo y sutíl! Mas porque veas
cuanto te engañas, del arcano horrendo
te voy á descubrir lo que es posible...

(*Mirando alrededor.*)

Si algun comparsa habrá que lo esté oyendo;
pero á bien que son mudos y no miran:
aguza las orejas, y el aliento
no oses echar, no sea que me interrumpas.
Sabrás pues...mas no sepas, que me temo
que nos observen. (*Vuelve á mirar.*)
Precisa en la trigedia
hacer estos visajes y aspamientos;
por fin voy á dicirlo.

Zaran. Pues revienta
ó no revientes, que me importa un bledo
el saber ó ignorar como hasta ahora

quiénes mis padres son, ni mis abuelos,
pues la primera no seré sin duda
que sin saber por quién se halla en el suelo.
Y así me marcho.

Fran. Espera, que has de oirme.

Zaran. No puede ser.

Fran. Por fuerza has de saberlo.

Zaranda.

¿Pretendeis violentar á una doncella?

Fran. Mentís, Señora, solo lo que quiero...

Zaranda quiere huir, Frangollo la detiene:
(*Cornejo baja precipitadamente por el monte, y al llegar al teatro repara en los dos.*)

Corne. ¿Qué pretendes hacer con esa dama?

Frangollo.

Yo no te he de decir lo que pretendo,
que no debe saberse lo que pasa
entre las damas y los caballeros.

Corne. Así es, mas de tus uñas se escapaba,
y pues la he de servir de aventurero,
si ahora no te retiras, de un balazo
te saltaré la tapa de los sesos.

(*Le apunta con una pistola.*)

Fran. Manifestar temor yo no debia;
sin embargo es prudencia y buen acuerdo
el echar á correr, no haga el demonio
que le dé gana de doblar el dedo:
pero no hay duda, él es, corro al instante
á traerme hácia aquí los compañeros:
no se me escapará. (*Váse corriendo.*)

Sale Zumaque. ¿Qué ruido es este?
que rebuznos he oido desde lejos.
¡Mas qué miro! por fin llegó el instante,
ven á mis brazos inmortal Cornejo.

Corne. ¿Mi Zumaque, eres tú?

Zuma. Sí, soy Zumaque
tu amigo, el mas constante y verdadero:
¿cómo has venido?

Corne. A pata.

Zuma. Me hago cargo.
¿Y de salud?

Corne. Amigo no hables de eso.
La salud, la vergüenza y las monedas
sabes que las perdimos hace tiempo.
Mas ¿quién es esta ninfa?

Zuma. Que responda tu corazon.

Corne. ¿A ver? guarda silencio
(*se mete la mano en el pecho.*)
y no me dice nada.

Zuma. Estará mudo,
pues todos no han de hablar: mas ello es cierto
que esa es tu hija la que me entregaste
al tiempo de ausentarte á tu destierro.

Corne. Ella es, pues tú lo dices, y es preciso
que la haga mil cariños y requiebros
por el bien parecer. Ven, hija mia,
abraza á tu papá, no tengas miedo.

Zaranda.

¿Qué es lo que debo hacer en este caso?

Zuma. No detenerte ni un solo momento;

abrazarle, llorar, dar mil gipidos,
y quedarte muy fresca en concluyendo.
Zaran. Así lo haré. ¡ay padre de mi vida!
¿Me desmayo? (*Le abraza.*)
Zuma. No, inútil lo contemplo,
estáte así un instante, porque importa.
¡Qué candidez! ¡qué dulces sentimientos
muestran las almas nobles! De ternura
no sé si hago cazuelas ó pucheros. (*Váse.*)

Cornejo.

Solos hemos quedado: oye, Zaranda,
¿te acostumbró Zumaque ir aquel cerro
á llorar algun dia?
Zaran. Muchas veces;
pero sin gana no podia hacerlo.
Corne. ¿No te dijo el por qué?
Zaran. Solo contaba
que despeñados por allí cayeron
una muger y un niño que llevaba
sobre sus lomos un feroz jumento.

Cornejo.

Tu hermano y madre son los que has nombrado;
pero no juzgues que el animal fiero
las vidas les quitó, que el miserable
tambien vítima fué de los perversos.
Los Mauroneses, sí, los Mauroneses
de aquel borriquicidio causa fueron.

Zaranda.

¿Pero cómo? ¡Qué horror! ¿cuál fué el fracaso?
Corne. Oye con atencion todo el suceso,

y temblarás si acaso tienes frio.
No mires hácia fuera ni hácia dentro,
arruga las narices, y haz un gesto.
Era del carnaval dia postrero,
cuyo año no es del caso ahora decirlo
cuando salimos en triunfal paseo
yo, tu hermano y tu madre á divirtirnos
y á gozar en el campo del sosiego
que deben disfrutar los personages
de nuestra ocupacion y menisterio.
Del suelo los alzaba y conducia
un borrico muy noble aunque travieso,
el cual todito á tí se parecia
en lo leal, callado y lo sincéro.
Yo iba detrás el gran convoy cerrando
y caminando á paso grave y serio:
á lo alto llegamos de aquel monte
donde estaba el banquete ya dispuesto.
El Sol marchaba á paso de tortuga,
el aire nos soplaba blando y fresco,
y el rio sin hablar una palabra
se dejaba mirar allá á lo lejos:
todo á una dulce dicha convidaba;
mas ¡oh aciago y terrible contratiempo!
de esos infames viles Mauroneses
se hallaba una pandilla en aquel puesto,
que jugando al cané se divertian
y daban fin del vino á un gran pellejo,
trasegándolo dél á sus barrigas.
No bien del todo visto nos hubieron,

cuando con roncas voces y graznidos
gritan furiosos: ved ahí á Cornejo:
ese es nuestro enemigo, nuestro azote,
démosle una paliza ó muera luego:
decirlo, alzarse, levantar las porras,
y echarse encima, todo fué un momento.
Sin dejarnos lugar para pensarlo,
y para defenderse mucho menos,
comienzan á majarnos cual si fuesen
cáñamo ó lino nuestros tristes cuerpos.
El borrico principia á tirar cozes,
las narices se le hinchan,
crespo el pelo, el rabo levantado,
las orejas aguza y con despecho
otro faetonte imita con su carga
y los tres se despeñan como perros.
Cual un rabioso tigre á ellos avanzo,
mas levantando el bárbaro Ternejo
corniquicidia porra, en el cogote
me dió un trancazo y me dejó por muerto.
Cuando volví de aquel parasimismo
solo me hallé, y en lance tan funesto
como pude mejor bajé al paraje
y hallé tendidos y casi como muertos
al borrico, á tu madre y á tu hermano.
Entre basura y fango revolcados
solo tu madre dijo estos acentos:
tres vítimas pidiendo están venganza:
véngalas pues, mas que te ahorquen luego.
La vista vuelvo al hondo precipicio

y á tu madre y hermano tambien veo
reguelcarse en el agua pestilente
metidos ya los tres hasta el pescuezo:
el borrico con vista macilenta
me anunciaba su fin, alargó el cuello
y espiró sin decir una palabra,
á este infelice padre, que en el seno
de su patria ha perdido en un instante,
hijo, muger, amigo y burro á un tiempo.

Zaranda.

No prosigais, Señor, que se me ponen
cual si carrizo fuesen los cabellos.

Cornejo.

A mas pasó el furor de los traidores,
pues que testigos falsos despues fueron
para hacerme el autor de la catástrofe.
¡Hombres inicuos! Mas llegó el momento
de la mas sanguinaria y cruel venganza:
el Mauron vá á acabar sin mas remedio,
ni las ratas tampoco han de salvarse.

Zaranda.

¿Todos sin escepcion? ¿No habrá un empeño
para que á uno siquiera se le salve?

Cornejo.

¡Qué es lo que dices! ¿Y podrá tu pecho
tenerles caridad á esos sayones
que toda tu familia destruyeron?
mueran vuelvo á decir.

Zaran. ¡Ay padre mio!

Corne. No me padrees mas; ¿pero qué veo?

¿tú te embarazas al oir mis voces?
¿qué es lo que me denotan esos gestos?
¡Cual un chino teritas y te turbas!
¡Rama endina del árbol de Cornejo!
Ven, dime la verdad, aunque eres hembra,
¿pudo algun Mauronés lograr tu afeto?
Dí, ¿estás pura?

Zaran. Sí, lo juro:
pero amo á un Mauronés con todo estremo.

Corne. ¡Y tú lo dices,
oprobio de la Churra y de tu sexo!
¿Y esta afrenta tenias preparada?...
¿pero por qué dudar? Aquesto es hecho.

(*Aparece Quico en la escena y se detiene á observar*).

Júrame que jamás darás la mano
á naide del Mauron, júralo luego.

Quico. No jurará tal cosa pues no puede.

Cornejo.
¿Por qué no ha de poder? ¿Mas qué mochuelo
es aqueste que viene á interrumpirnos?

Zaran. Ese es mi Quico.

Quico. Sí, yo soy, el mesmo,
del barrio del Mauron para servirte.

Corne. ¿Qué escucho? muere...

Zaran. Ah, padre, deteneos...
¿qué vais á hacer?
(*Cornejo levanta el brazo para herir á Quico, éste se arrodilla, Zaranda se interpone,*

y deben subsistir en está postura hasta que diga Cornejo los primeros versos.)

Corne. ¡Qué escena tan vistosa
y de tanto interés!

(*Dentro voces.*) Muera Cornejo.

Cornejo.

¿Qué rebuznos son estos que he escuchado?

Quico. Mi padre y sus amigos, que sabiendo
tu vuelta de presillo, vienen todos
á asesinarte: pero yo ligero
vine á avisarte porque te libertes,
¿y tú darme la muerte en justo premio
has pretendido?

Corne. ¡Yo deber la vida
á un Mauronés infame! á los infiernos
mas fácil bajaria.

Salen Zumaque y Pirueta.

Zuma. ¿Qué he sabido?
todo el Mauron entero y verdadero
con palos, piedras y naaja armado
hácia aquí se dirige á sorprendernos.
¡Somos perdidos!

Pirue. ¡Tristes de nosotros!

Quico.

Nada temais, yo corro á detenerlos;
á salvar voy, Zaranda, á vuestro padre,
que es cuanto puedo hacer siendo mi suegro.
(*Váse*).

Pirue. ¿Mas cómo, Cornejillo, nada dices
á la Pirueta?

Corne. No es aqueste tiempo
cuando en tan gran peligro nos hallamos
de detenerme en vanos cumplimientos.
(*Dentro voces.*) Mueran los Churros, mueran.
Corne. Ya es preciso
presentar la batalla: ¿qué guerreros
tendremos disponibles?
Zuma. Mas de treinta,
pero á estas horas los está reuniendo
Belluno nuestro amigo, y á este sitio
muy pronto los traerá.
Pirue. ¡Qué camueso!
¿y si mientras los junta nos embisten?
Zumaque.
Lo que debes tú hacer es irte á dentro
con Zaranda y callar, que de estas cosas
las mugeres no entienden.
Pirue. Es muy cierto.
Vamos, muchacha, que hoy por oleora
sin almorzar te quedas.
Zaran. No lo siento:
con eso si me toca el que me maten
marcharé mas ligera al cimenterio.
(*Vánse, siguen las voces y rumor, y sale Frangollo.*)
Corne. Ya cuidiao me da tanta tardanza;
¿mas quién se acerca? (*Va á montar la pistola.*)
Fran. Tente, de paz vengo.
Frangollo soy. No ha mucho me miraste
como enemigo: pero el vil Ternejo,

por cuya causa estuve muchas veces
próximo á ser colgado del pescuezo,
acaba de pagarme mis servicios
con el mas miserable y vil desprecio.
Él me niega la mano de tu hija
y entregársela á Quico está resuelto.

Corne. ¡Canalla mas infame se habrá visto!
¿Pues acaso, bribones, yo me he muerto
para que repartais así mis bienes?
Vete pronto de aquí: si no me temo
que haga contigo una carnicería.
Mejor es que te marches.

Fran. ¿Mi refuerzo
así desairas, hombre temerario?
¿Cuando mis fuerzas á ofrecerte vengo
para acabar con todos tus contrarios
me recibes así?

Corne. Yo á nadie temo,
y pago tus favores de esta suerte.
(*Apuntando y le dá gatillazo.*)
Sin duda creo que está mojado el cebo
y ha dado gatillazo, mas no importa,
tú debes suponer que yo te he muerto
y tenderte lo mismo que un cochino
porque así viene al caso.

Fran. Voy á hacerlo,
y para que no tengas que arrastrarme
iré dando traspieses hasta dentro.
(*Vá cayendo por el primer bastidor de la derecha.*)

Zumaque.

¡Accion de gran valor, noble y heróica!
Mas vamos á encontrarnos con los nuestros
porque esto va formal.

Corne. Echa adelante.

Zuma. Por este lado.

(*Zumaque y Cornejo se dirigen á la derecha, y al oir la voz de muera, vuelven á la izquierda y frente, en donde viéndose cortados vuelven á la escena.*)

Dentro por la izquierda. Muera.

Dentro por la derecha. Muera.

Zuma. Ya no es tiempo:
todas las callejuelas y salidas
las tienen ocupadas: si á lo menos,
si un basurero por aquí se viera,
fácil entre el cascajo era escondernos;
pero no hay esperanza, sin embargo,
al último recurso: dame presto
tu capa y tu montera, y tú la mia,
y esta gran porra toma, que yo marcho
adonde me conviene.

Corne. No te entiendo,
pero será muy justo obedecerte.

Zumaque.

Voy á dar de amistad un grande ejemplo.

(*Vánse Cornejo por la izquierda y Zumaque hácia el monte, y al desaparecer suenan voces: Ya está preso: Sale por el lado*

opuesto Ternejo y comparsa de Mauroneses.)

Terne. ¡Heróicos Mauroneses, cuyos brazos
de la Churra terror por siempre fueron,
y á cuya agilidad, tiento y destreza
nadie pudo escaparse! El mas sangriento
de vuestros enemigos aquí oculto
sabeis que está: buscadlo y muera luego,
que despues de enterrado la sumaria
podremos empezarle.

(*Voces.*) Ya está preso. (*Sale Garduño.*)

Ternejo.

Mas ¿qué voces son estas? ¿Qué hay, Garduño?

Gardu. De prender acabamos á Cornejo,
y hácia aquí lo conducen.

Terne. ¡Qué placer!
Venga al instante.

Gardu. Voy á obedeceros. (*Váse.*)

Ternejo.

A darle voy la muerte por mi mano...
mas si despues me cuelgan quedo fresco.
Yo quiero degollarle, y ya me paro:
esta mano venganza está pidiendo,
y esta que es mas prudente me detiene;
¿qué debo hácer? ¡oh cuántos pensamientos
me vienen de trompon á la memoria!
pero este es el mejor: viva, que es cierto
lo que el refran nos dice, que mas vale
mala composicion que no buen pleito.
Lo he pensado mejor, veré que dice,
y si de la alianza elije el medio.

Pero ya vienen: siempre es conducente
hablarle gordo y presentarme serio.
(*Garduño y otros con trancas traen en medio embozado en su capa á Zumaque.*)
Todos os retirad, dejadnos solos.
(*Vánse todos*).
Te traigo á mi persona con intento
de hacerte ver que es tanta mi nobleza
que de la muerte libertarte quiero.
Todos muera Cornejo á una voz dicen,
y yo solo en defensa de Cornejo
toda mi autoridad tengo interpuesta.
Zuma. Pues ya lo has conseguido.
Terne. No te entiendo.
Zuma. Cornejo está muy lejos de este sitio.
Terne. ¿Pues tú quién eres?
Zuma. Mírame, y con eso
de la duda saldrás. (*se desemboza.*)
Terne. Ya te conozco.
¿Y el fingir que eras él, cuál fué tu intento?
Zuma. El libertar su vida.
Terne. ¡Accion heróica,
dina de tu valor y de tu pecho!
y yo quiero pagarte noblemente
tan altos, tan heróicos pensamientos.
Ya estás en libertad.
Zuma. Me alegro mucho.
Ternejo.
Y en pago del favor que ahora te he hecho
otro me has de hacer tú.

Zuma. Conforme sea.

Terne. No es mas de que lleves á Cornejo de mi parte una carta.

Zuma. Me conformo.

Terne. Pero antes es preciso que busquemos quien me la escriba.

Zuma. Pues qué ¿tú no sabes?

Terne. Yo no sé, pero tú puedes hacerlo.

Zuma. No conozco una letra.

Terne. De esa suerte
de palabra no mas nos comprendemos.
¿Tienes buena memoria?

Zuma. No es muy mala.

Terne. Pues dile (sobre poco mas ó menos,
que á buen entendedor pocas razones)
esto que vas á oir.

Zuma. Ya estoy atento.

Terne. Le dirás que si quiere ser mi amigo
que yo tambien su amigo ser deseo,
que le voy á esperar á la taerna,
á donde los dos juntos trataremos
de la tranquilidad de los dos barri os;
que venga sin temor porque le ofrezco
mi salvaguardia.

Zuma. Voy á obedecerte.

Ternejo.

Vé tú tambien con él, porque yo creo
que no te estará mal echar un trago,
y tambien servirás de mediamero.
Parte en paz.

Zuma. Queda en paz.

Terne. Este negocio,
no hay duda, saldrá mejor bebiendo
que dando garrotazos. Mas mi hijo
aquí se acerca. De él valerme quiero
para otra espedicion muy importante.

Sale Quico.

Quico. Papá y Señor, decidme, ¿será cierto
que Cornejo ha caido en vuestras manos
y no se irá?

Terne. Sin duda.

Quico. ¿Y qué decreto
contra él vais á ditar?

Terne. Solo que muera
por la primera vez.

Quico. ¿No habrá remedio.

Ternejo.

Puede ser que se encuentre compostura:
no hace mucho he sabido un gran secreto.
La Zaranda, segun su madre dijo,
es hija verdadera de Cornejo,
y con un Mauronés ha de casarse.
Tú irás de embajador, solo al efeto
de que te elija á tí, ó al que quisiere;
pues esta union, segun lo considero,
ha de traer la paz á los dos barrios
entre sí contrincantes.

Quico. Gran proyeto.

Ternejo.

Pues parte á ejecutar lo que te he dicho.

Mas ella viene: hazlo en el momento.
(*Váse y Sale Zaranda.*)
Zaran. A buscarte he venido.
Quico. ¡Qué ventura!
Tambien tenia yo que hacer lo mesmo.
¿En qué puedo servirte?
Zaran. ¿Tal preguntas
cuando en tí solo mi esperanza tengo?
Acuérdate del dia en que me hallabas
en el portal lavando unos pañuelos,
y al pasar me dijiste que yo era
la que mandaba en todo tu hemisferio:
que me lo repetiste muchas veces,
y yo llevada de tan grande afeto
he hecho por tí cosas, que tú sabes,
y que deben quedar en el silencio;
pues fuera el recordarte beneficios
ofender la nobleza de tu pecho.
Tú me ofreciste que me sacarias
de cualquier lance, de cualquier aprieto,
y ya ha llegado caso de que cumplas.
Mi padre está en peligro, pues yo creo
que entre sus enemigos esta noche
se lo van á llevar al matadero.
Tú lo has de libertar, Quico del alma.
Quico. En él y en tí consiste.
Zaran. No te entiendo.
Quico. Mi padre no será mas su enemigo
si él se conviene á ser amigo nuestro,
y tú de un Mauronés á ser esposa.

Zaranda.

¿Y cómo lo he de ser cuando ya tengo
jurado lo contrario? ¡Qué desgracia!

Quico. Y por andarte tú con juramentos
consentirás que agarren á tu padre,
y que echándole un lazo en el pescuezo
lo arrastren por las calles de la Churra
como hacen los muchachos con los perros?

Zaran. No sé que resolver en este caso.
Mas me parece, Quico, que estoy viendo
ir rodando á mi madre y á mi hermano
por aquel rio, y que tambien con ellos
dar tumbos al jumento de mi padre,
y que los tres me dicen á lo lejos:
sé tú la vengadora de esta ofensa,
no consientas que toque á tu pellejo
de un Mauronés la mano asesinante.

Quico.

Te engañas en creer que hablen los muertos,
y en que á pedir vendrán que les des cuenta
de tus amores ni tus juramentos,
porque no les importa ni un comino
que seamos casados ó solteros.
Resuelve.

Zaran. No es posible que lo haga.

Quico.

Pues bien, mi padre viene, ahora veremos
como sales del lance en que te encuentras.

Zaranda.

Llorando sin llorar y haciendo gestos.

Salen Ternejo y Garduño.

Quico. Padre mio, Zaranda se resiste.

Ternejo.

Hace muy mal, y pues no hay remedio
mis órdenes se cumplan.

Zaran. ¡Triste suerte!
¿Y veré yo á mi Padre dando vuelcos
por esos muladares?

Terne. ¿Tú lo quieres?

Zaranda.

Aun estoy firme, y hago gran desprecio
de todas tus locuras y amenazas.

Terne. Pues que haga la señal el clarin fiero,
y ese traidor se entregue á los muchachos.

(Váse Garduño.)

Zaranda.

Nada me aterra hasta que llegue el lance.

(Suena el Cencerro.)

¡Mas que triste señal! aquesto es hecho:
al fin triunfaste ya: Quico, soy tuya,
no puedo resistir á tanto aprieto.
Viva mi padre y baile en nuestra boda.
Esta es mi mano. (*le dá la mano*).

Dentro Cornejo. Tente.

Zaran. ¡Santos cielos!
esta es voz de mi padre.

Terne. Soy perdido.

Salen Cornejo, Zumaque, Belluno y Churros con trancas, bandera negra y tamboril, que será una zambomba que llevará Pirueta,

á quien acompañarán otras mugeres.

Cornejo.

¿Cómo, dime, has faltado á mis precetos?
El matrimonio es nulo.
Zaran. Os engañais:
no es posible anular lo que está hecho,
y por ello vivís.
Corne. En tales casos
á los héroes la vida es lo de menos.

Ternejo.

Convente á la razon, mi idea ha sido
el que tengamos paz y no tratemos
de mas quimeras.
Corne. Esto es imposible,
pues de esta suerte no tendria efeto
la tragedia que debe acabar siempre
en puñaladas, muertes y en incendios;
y así no hay que pensar en otra cosa
sino en que unos á otros nos matemos.

Ternejo.

Pues que sea, que ya me dá vergüenza
le ver frente de mí tanto estafermo
que piensan asustarme. Campeones
alir á acometer.
(Salen Garduño y comparsa de Mauroneses).
Zuma. Ahora vá bueno.
rne. No se perdone á naide, todos mueran.
rne. Eso mismo yo os mando: compañeros,
anzad pues, y sin haceros daño,
. todos á mataros allá dentro.

Trábase la batalla y se retiran los comparsas, quedan en la escena Zaranda, Quico, Ternejo y Cornejo que riñen: aquellos al tiempo de irse á herir estos se interponen y son muertos cada cual por su padre).

Corne. En vano te resistes.
Terne. Muere, infame.
Quico. No le mateis, Señor.
Zaran. Padre, teneos.
Terne. Estos dos nos estorban que riñamos.
Corne. Pues quitemos estorbos de por medio;
y pues han de morir tarde ó temprano,
ahora será mejor que los matemos.

(*dánles de puñaladas.*)

Zaran. ¡Ay de mi!
Quico. ¡Muerto soy!
Corne. Buen fin de boda.
Acaba tú tambien.
Terne. Ya lo veremos.

(*Siguen riñendo, y Cornejo hiere á Ternejo.*)

¡Ay, que por fin me diste en el ombligo,
y pues las tripas se me van saliendo
mejor será tenderme boca arriba.
Corne. Haz lo que te parezca que yo vuelo
á seguir la matanza.
Sale Zumaque. No te canses,
que ya nadie ha quedado con aliento;
y solo yo con vida me he escapado
para darte noticia del suceso.

Cornejo.

¿Y qué habemos de hacer ahora nosotros entre tantos manfuntos?

Zuma. Yo resuelvo
para hacer la tragedia mas completa
que como te parezca nos matemos.

Corne. Pues yo á tí no te mato.

Zuma. Yo tampoco
te quiero asesinar, es mas derecho
que así propio se mate cada uno.

Corne. Particular y heróico pensamiento:
mas dá tú la señal, porque muramos
como amigos los dos á un mismo tiempo.

Zuma. A la una, á las dos, á la tercera.
En buen sitio me he dado. ¡Ay de mí, muero!

Corne. Respirar á Zumaque no se siente:
naide ha quedado, espiro muy contento.

FIN.

Se hallará en la Imprenta *de la calle del Amor de Dios, y en la librería de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*